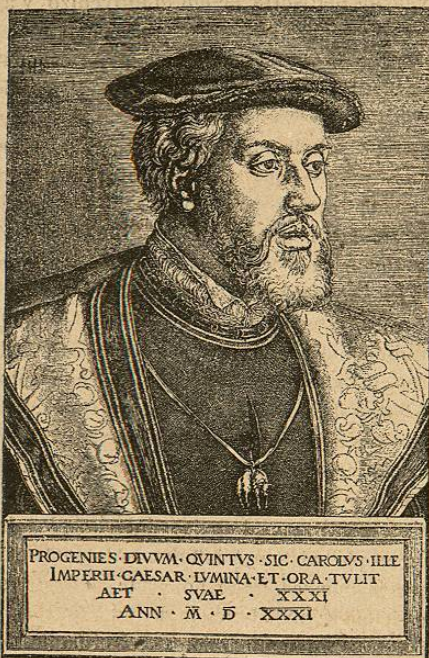


y los campesinos, habían saludado en el trono con tan gratas esperanzas á otro emperador como los que saludaron al nieto de Maximiliano, Carlos V, y raras veces las esperanzas de un pueblo han quedado frustradas tan completamente como esta vez. El emperador de los alemanes era y permaneció extranjero en Alemania, medio valón, medio español, despreciaba como todo lo alemán, así mismo la lengua alemana, que apenas hablaba chapurradamente



EMPERADOR CARLOS V.

en el dialecto flamenco. Para comprender la idea de la reforma, para aceptar esta idea en su inteligencia y su corazón, faltábale la disposición natural y sobrábale la educación devota española. No era partidario fanático de la Iglesia romana porque era demasiado frío para ser fanático. No vacilaba en sitiar al papa en Roma ni en entregar la *capital de la cristiandad* después de su toma por asalto á todos los horrores de la *furia de la guerra* cuando esto convenía á sus intereses; pero adivinaba por instinto los gérmenes de libertad ocultos en el principio de la reforma y no titubeó en aplastarlos en cuanto podía. Era lo que hoy se llama político realista, político realista del siglo xvi. Lo que él entendía, creía y manejaba era por lo tanto aquel conjunto de astucia,

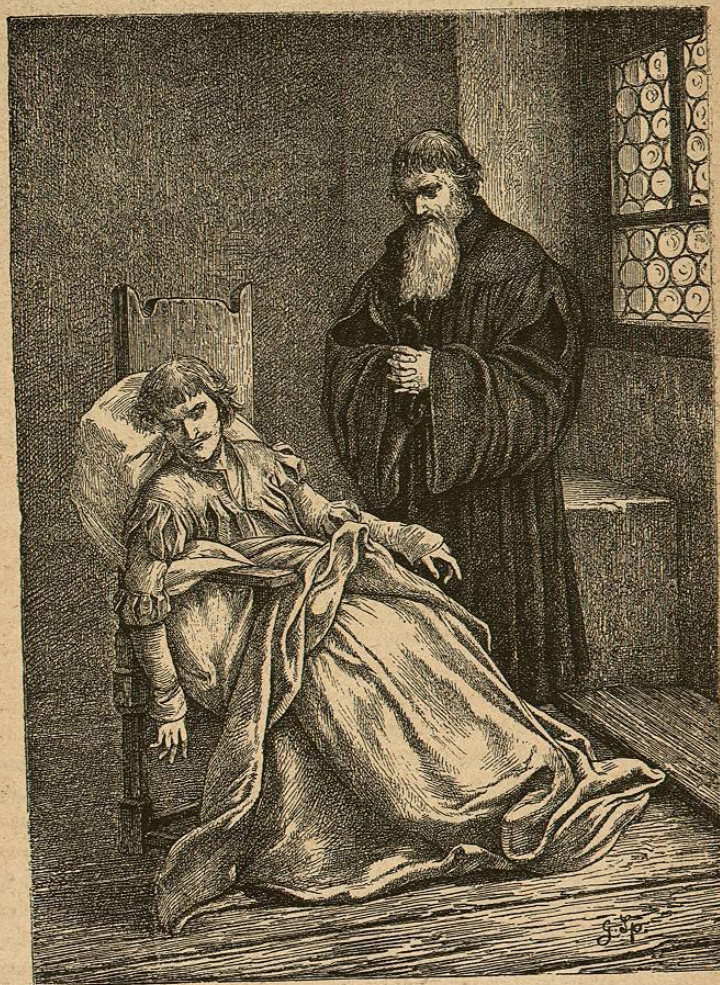
ingeniosidad y falta de conciencia diplomáticas que se llamaba *práctica italiana*, porque esa política, que no sabía nada ni quería saber de ideales ni de pueblos teniendo en cuenta solamente el egoísmo dinástico, se había desarrollado en las cortes italianas hasta la última ruindad. ¿Cómo hubiera podido aceptar la reforma un político de esta clase, un absolutista que conocía perfectamente la utilidad de la fe autoritaria romana para un sistema y que, además, quería asegurarse en la lucha empeñada entre Habsburgo y Valois-Borbón, la alianza de la Sede papal contra Francisco de Francia, un príncipe á quien Alemania como tal era muy indiferente y que no tenía otro afán que la grandeza de su casa y el poderío de España? Era imposible. La proscripción que decretó en abril de 1521 en la dieta de Worms, contra Lutero, demostraba que la reforma no podía esperar nada por parte del emperador y señaló la división del imperio en una Alemania católica y otra protestante.

Pues á este extremo llegaron las cosas muy pronto. El hecho de proteger el elector Federico de Sajonia al fraile proscrito y anatemizado, de inclinarse abiertamente al *Evangelio* el langrave Felipe de Hesse y otros grandes, como también ciudades enteras y campiñas, este hecho demostraba claramente que en gran parte de Alemania el anatema papal y la proscripción imperial habían perdido sus terrores. La tempestad que agitaba á la época era una de aquellas tempestades de la evolución histórica que á lo más se dejan contener un rato, pero no aplacar del todo con decretos y medidas de violencia. Pero las fuerzas refrenadoras que se oponían á la tempestad, la autoridad papal y el poder imperial en unión con los príncipes alemanes que permanecían fieles á la Iglesia antigua, bastaban para impedir que esa tempestad desplegara sus alas por completo. Esto resultaba evidente cuando las tentativas hechas de diferentes lados para hacer fructífero el movimiento religioso también en el sentido nacional y social se estrellaron contra la resistencia de los partidarios y usufructuarios de lo existente en la Iglesia y el Estado. Así sucedió con la tentativa de la nobleza baja del Sudoeste de Alemania de llevar á cabo una transformación de la constitución del imperio destinada á limitar el poder particular de los príncipes y á extender la reforma eclesiástica. Jefe de esta empresa era aquel caballero muy conocido y popular, Francisco de Sickingen, el primero que había introducido en su castillo de Ebernburgo el culto según el rito luterano evangélico. Su amigo Hutten apoyaba la atrevida empresa con todo el entusiasmo de su alma patriótica, mientras que Lutero, al que Sickingen había ofrecido magnánimamente su protección, no quería saber nada, cumpliendo con esta reserva su enseñanza repetida terminantemente á cada ocasión, de la obediencia pasiva del verdadero cristiano. (*Un cristiano es enteramente un ente pasivo que sólo sufre... El cristiano debe dejarse oprimir y desollar con paciencia sin intentar la menor resistencia; las cosas del mundo no le importan nada; deja robar, pillar, oprimir, desollar, raspar, estrujar y amotinar al que quiera, pues es un mártir en la tierra*). Abandonado, pues, por el lado donde había de esperar el socorro mejor, Sickingen hubo de sucumbir defendiendo valientemente su castillo de Landstuhl contra las fuerzas unidas del conde palatino, del conde de Hesse y del elector de Tréveris; recibió

una herida mortal, falleciendo al día siguiente (mayo de 1523). Sus adversarios victoriosos rodearon su lecho mortal, y á uno de ellos que le dirigía palabras de consuelo le contestó: *Yo tengo poca importancia; yo no soy el gallo al rededor del cual se baila*; queriendo decir que su persona y su suerte eran poca cosa en comparación con la causa que había defendido. Un pariente del último caballero, como Sikingen puede llamarse con más razón que el emperador Maximiliano, pronunció en su tumba estas palabras honrosas: *Como durante su vida tuvo un corazón viril, honesto y constante, así lo ha conservado hasta la hora de la muerte.*

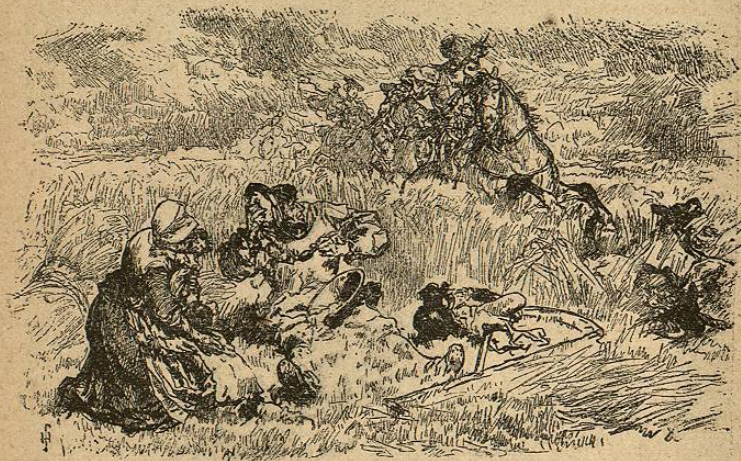
Hutten, á quien ya antes la hostilidad de los adversarios de la reforma había obligado á pasar el Rhin como proscrito de hecho, supo en el convento agustino de Mülhausen, donde había encontrado un breve refugio, el fin de su amigo, y con esto el desvanecimiento de su última esperanza. Poco después, como Erasmo refiere con ruin satisfacción, hubo de huir de noche ante las persecuciones del populacho de Mülhausen á Zurich, donde Zwingli le acogió generosamente. Allí mismo, ó en los baños de Pfofers, donde le albergó hospitalariamente el abad de Pirminsberg, adicto á la reforma, Hutten compuso su último escrito patriótico contra los tiranos, que era al mismo tiempo un grito de venganza por el muerto de Landstuhl. Zwingli proporcionó al combatiente cansado y enfermo incurablemente un último asilo en casa del párroco Juan Schnegg, hombre esperto en medicina, en la amena isla de Ufnau, en el lago de Zurich, donde le persiguió aun el odio y la traición del vil intrigante Erasmo. Pero pronto el fugitivo acosado, hallose por encima de los hombres del jaez de ese erudito cortesano, de todos sus enemigos y de toda la miseria y cuita de la existencia, pues el 31 de agosto, ó el primero de setiembre según otros, de 1523, murió en la isla, no conociéndose el punto preciso de su sepulcro. Con Hutten había desaparecido el hombre que sin duda había concebido de la manera más grandiosa la idea de la reforma, queriendo que sobre ella se levantara la reconstrucción política y eclesiástica de Alemania y creyendo haber encontrado el instrumento apropiado para la realización de su idea en la nobleza baja del imperio conducida por su amigo el guerrero Sikingen. El ensayo salió fracasado, pero no fué el único, pues la bandera de la reforma política, nacional y social caída de la mano del caballero moribundo, fué recogida por el labriego alemán, pero solamente para empaparla en su sangre derramada de nuevo.

Si consultamos las descripciones de autores nacionales y extranjeros del siglo xvi, encontramos que las condiciones económicas de Alemania en aquella época y especialmente antes de empezar la reforma eran satisfactorias por regla general; sobre todo en las ciudades habíase acumulado una prosperidad considerable. Pero el cuarto estado, el de los labradores, había quedado muy atrás en comparación con los adelantos del tercer estado. Ciertamente había en varias partes del imperio comunidades de labradores libres cuya situación era relativamente desahogada; pero en general los labradores alemanes eran un pueblo apenado, juguete de todo el mundo, callado y oprimido, con pechos, corbeas, rentas, contribuciones y derechos. El labrador llamábase y era



HUTTEN MORIBUNDO.

el hombre pobre. La miseria de los labradores era tan terrible y evidente, que los príncipes y nobles de sentimientos se creían á veces molestados en su conciencia como aquel hacendado de Turingia, Enrique de Einsiedel, quien se dirigió á Lutero preguntándole si él, Einsiedel, no estaba obligado á librar á sus labriegos de corbeas. El reformador dió la contestación característica para el luteranismo: *que nó, si el señor propietario no ha impuesto él mismo*



MISERIA DE LABRIEGOS.

Los trabajos personales, siendo al contrario tradicionales, pues no está bien renunciar á derechos existentes; la gente baja debía estar cargada de trabajos para que no se volviera petulante. Mas los labradores alemanes, invadidos y conmovidos profundamente, se habían formado de la libertad cristiana una idea muy diferente de la que gustaba el reformador. En muchas partes habían opinado antes de tener noticia de la buena nueva de esta libertad, que debía romperse el yugo de la servidumbre bajo la cual estaban jadeando. Ya á fines del siglo xv y á principios del xvi la desesperación había llevado á los labradores de comarcas enteras á sublevarse abiertamente; así se habían levantado en 1471 los labradores del campo de Virzburgo, en 1502 los del Rin, en 1514 los de Wirtemberg donde habían formado en el pueblo de Reinstal, desde 1503, una hermandad campesina llamada *el pobre Konrat*, porque para la calamidad del pueblo no se encontraba ningún remedio. Esta alianza de labradores suabios había sido también la primera en emplear la alpargata (*Un sayo de cuti, dos alpargatas y un sombrero de fieltro forman el traje de los labradores*, escribió Sebastián Münster en 1545); como símbolo y estandarte de los labriegos descontentos. Todas estas sublevaciones aisladas ha-

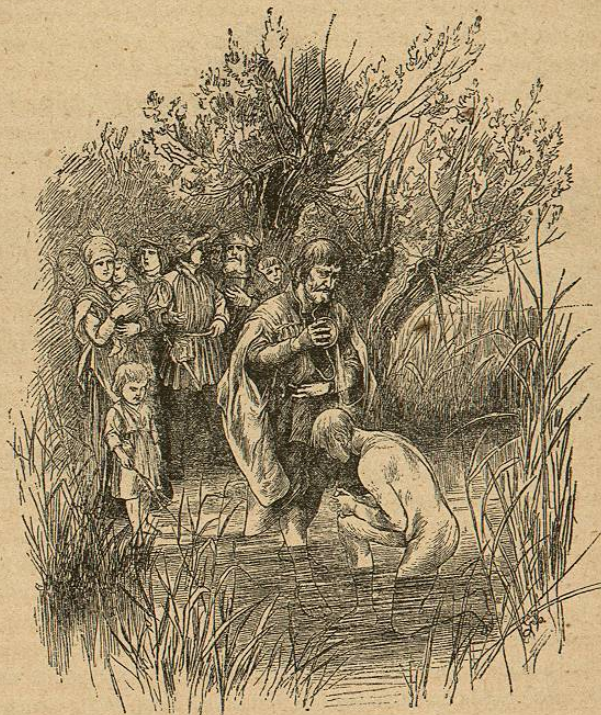
bían sido aplastadas y castigadas cruelmente, pero la efervescencia no quedó sofocada, sino que aumentó en intensidad y extensión hasta estallar en 1525, amenazando propagarse por todo el imperio el fuego de una revolución labriega alemana encendida primeramente en Suabia, Alsacia y Franconia. Como á heraldo ó profeta de esta tentativa democrática de transformar Alemania política y socialmente, puede considerarse aquel Tomás Münzer de Altstätt, que fué una especie de Lamennais del siglo xvi, pues en el tono bíblico del antiguo testamento proclamaba un evangelio, mezcla extraña de cristianismo evangélico y de comunismo moderno anticipado. Los más de los jefes de la gran sublevación, como Schapeler, Hulmaier, Mezler, Rebman, Weigand, procedían de Suabia, Baviera y Franconia. El supremo director político era el probo Wendel Hipler, hombre de instrucción política y jurídica; el mejor capitán no era el grosero Goz de Berlichingen, sino otro hidalgo, Florian Gaier, quien se había adherido, no como su colega mencionado, por fuerza y á medias, sino espontáneamente y con toda el alma á la buena causa del pueblo, consagrándole con entusiasmo puro y elevado su corazón y su brazo, sus bienes y su sangre. Donde y mientras quedaban al frente hombres como Hipler y Gaier todo iba bien y casi ordenadamente en medio de la revolución; allí no cabía el fanatismo apocalíptico y comunista de Münzer. El gran manifiesto, *los doce artículos principales, fundamentales y legales de todos los labriegos y vasallos de las superioridades eclesiásticas y temporales de los que se creen oprimidos*, este manifiesto de labradores salido de la Suabia alta en la primavera de 1525, es incontestablemente el documento político social más importante de toda la época de la reforma. Pretendía la abolición completa de la servidumbre corporal, un arreglo equitativo de los días de trabajo, pechos y demás prestaciones, limitación del privilegio de caza de los nobles, devolución de los bienes quitados ilegalmente á las comunidades, el derecho de elegir á sus párrocos y una reforma de la administración de justicia. Todas estas demandas de los campesinos eran tan justas como moderadas, y además declaraban expresamente que estaban dispuestos á abandonar todas las que les fueran demostradas inconvenientes por la palabra de Dios. Lutero mismo, quien á la sazón había ya concluido de hecho su compromiso con los príncipes y la nobleza, cuando los labradores se remitían á la justicia de sus doce artículos, á la sagrada Escritura y al doctor Lutero, no podía dejar de admitir la equidad de varios artículos y aconsejaba á los señores hicieran un convenio equitativo con los labriegos, mientras que su fámulo Melancthon condenaba á los labradores rotundamente porque su procedimiento fuera contrario al precepto cristiano de la obediencia absoluta y de la resignación sin resistencia.

No cabe duda que la amonestación de Lutero en favor de la paz y de un arreglo equitativo era formal y sincera, pues siendo él mismo hijo de labrador, no podía cerrar los ojos y los oídos ante la miseria de los labriegos. Pero los príncipes y señores feudales, los opresores y desolladores del pueblo, no querían saber nada de eso de renunciar siquiera en parte á sus derechos adquiridos, término con que se pretende justificar todos los abusos, usurpacio-

nes é injusticias arraigadas. Entonces los labradores hicieron lo que de derecho podían hacer; negándoseles lo que pedían suplicando, lo querían conseguir con la espada en la mano en Suabia y Franconia: levantáronse los labradores enarbolando la bandera de las alpargatas contra los príncipes, los hidalgos y los curas. Pero desde el principio dos opiniones diferentes trababan y estorbaban la acción de los revoltosos; la más moderada, cuyo abogado principal era Wéndel Hipler, quería ciertamente librar á los labradores de las cargas feudales, pero al mismo tiempo indemnizar á la nobleza con los bienes eclesiásticos por el abandono de sus derechos feudales, tratando así de hacer á los hidalgos partidarios de la causa popular. La opinión más radical á la que se inclinaba Florián Gaier, se encaminaba á la destrucción del feudalismo y clericalismo y á la institución de un poder imperial unitario con supresión de los principados particulares. Naturalmente la realización de este ideal razonable, pero teórico era imposible, tanto más cuanto la falta de disciplina entre la muchedumbre labriega, dejaba pronto el campo libre á las pasiones salvajes y los apetitos feroces. Además, el jefe de la alianza suabia, el Truchses de waldburgo, desplegando en el Allgau y el Hegau una crueldad verdaderamente canibal en su manera de combatir la insurrección, provocaba el espíritu de venganza que encontraba instrumentos diabólicos en gentes como Jäcklein Rohrberg. Estos *terroristas* de entonces, que declaraban públicamente que era preciso inspirar á la nobleza un *espanto singular*, fueron los mismos que en abril de 1525 celebraron la Pascua sangrienta de Weinsberg, después que los labradores de las tierras de Hohenlohe y de la selva de Oden hubieron tomado por asalto la ciudad y el castillo, haciendo prisioneros al gobernador, conde Luis de Helfenstein (casado con Margarita, hija ilegítima del emperador Maximiliano) y sus caballeros y soldados. El lunes de Pascua, el sol á su salida alumbró un espectáculo horrible en un prado delante de la puerta inferior de Weinsberg. El conde de Helfenstein, cuya esposa, hija de emperador, con su hijo de dos años en brazos se había arrodillado en balde para implorar la vida de su esposo, de aquel Rohrbergautor, ordenador y ejecutor del hecho sanguinario, fué muerto á lanzadas al son de trompetas y de tambores y después de él su escudero, su bufón y trece caballeros. Esta venganza verificada contra la voluntad y á espaldas de Hipler y Gaier, aunque había recaído en varios nobles conocidos como feroces *verdugos de campesinos* perjudicó muchísimo la causa de los labradores, pues Florián Gaier, indignado de la matanza, abandonó con su *tropa negra* el ejército labriego, la *turba clara*, de modo que desde entonces el nombre de ese verdadero y genuino caballero no resonó más en el consejo directivo de los labradores. El terror que Rohrberg y sus compañeros habían querido inspirar repercutió contra los labradores y su causa; Lutero, furibundo, publicó su escrito *contra los labradores asesinos y ladrones*, aconsejando *que los aplastara, estrangulara y apuñalara pública y secretamente el que pudiera como á perros rabiosos*. Y como él lo deseaba se hizo; las fuerzas de los príncipes, prelados y señores se mostraron superiores á la tropa mal organizada, mal disciplinada y mal dirigida de los campesinos; á torrentes corrió la sangre de los labradores

en los campos de batalla de Sindensfilgen, Frankenhausen, Virzburgo y Königshofen; á torrentes manó de los cadalsos erigidos por los vencedores para suplicio de los vencidos.

La guerra de los labriegos y su resultado contribuyeron muchísimo á atascar y hacer retroceder la corriente de la reforma. Otro acontecimiento que hizo



EL ANABAPTISMO.

gran daño á esta causa, enagenándole miles de corazones, fué la conocida orgía semi-grótesca y semi-horrorosa de la locura, lujuria y crueldad en que fué á rematar el desórden de la anabaptistería en la ciudad westfaliana de Münster en los años de 1534-35. Un testigo ocular y auricular, el vecino de Münster Enrique Gresbeck, ha descrito toda la abominación, en alemán bajo, produciendo con su narración sencilla é ingénuo uno de los libros más instructivos de aquella época. La facilidad con que dos vagamundos holandeses, el miserable panadero Jan Matthys y el más miserable sastre Jan Volckelson, mediante los fantasmas y fanatismos más extravagantes se apoderaron del

gobierno de una ciudad episcopal alemana, la defendieran contra su legítimo príncipe, ejercieran una tiranía sangrienta sobre los vecinos, realizaran por una temporada los sueños más bárbaros del comunismo de bienes y mujeres, es un testimonio serio y terrible de que la época debía de estar agitada en sus cimientos, de que el instinto reformador tan justo en sí se extravió terriblemente y de que por esta razón lo antiguo pudo arrancar muchas veces la victoria á lo nuevo.

Al mismo tiempo que en la Alemania del sur fracasaron los esfuerzos de



UN BAILE DE MAYO DE 1537 EN MÜNSTER.

los caballeros así como los de los labradores para hacer fructifera la reforma en el concepto nacional y social, inclinábase también al ocaso en el norte de Alemania la más grande creación política de la burguesía, la liga Anseática, pues en el mismo año de 1535, en el cual en la tierra roja de Westfalia la desfiguración de la idea reformista en loca caricatura se convirtió en la reacción más tenebrosa, aconteció en Lubec la caída del alcalde Jorge Wullenweber y con ella la aniquilación de los grandiosos proyectos de este hombre, quien á su manera y con sus medios era y quería lo que Sickingen é Hipler habían sido y querido. La gran federación de ciudades de las Hansas había alcanzado la cumbre de su poderío en los tres primeros decenios del siglo xvi, dominando sus buques de guerra el Báltico y el mar del Norte y desempeñando un papel predominante en los destinos de los reinos escandinavos. Cuando el rey Cristiano II de Dinamarca, cuñado del emperador Carlos V por su esposa Isabel, trataba de mantener por fuerza la llamada unión escandinava, es decir la reunión de las coronas de Suecia, Dinamarca y Noruega en una sola

cabeza, la intervención de la liga en los asuntos del Norte contra los intereses de Dinamarca, fué fatal para ella misma. En aquel tiempo sucedió en la historia de la fuerza naval alemana-anseática un episodio digno de mencionarse. El caballero Gustavo Ericson, fundador de la dinastía sueca de Wasa, se había escapado de la prisión danesa, buscando y encontrando un refugio en Lubec, ciudad presidencial de la liga que estaba de hecho en guerra con Cristiano II y negó á este la extradición del jóven sueco destinado á restaurar la independencia de su patria, y por añadidura, Nicolás Brømsn, alcalde de Lubec, resolvió, con el asentimiento de los demás concejales, hacer conducir con seguridad á la costa de su país al fugitivo sueco. Efectivamente, Gustavo Wassa fué á bordo de una galera anseática en mayo de 1520, llevándole ésta felizmente por entre los cruceros daneses á la orilla de la lengua de Stensø, cerca de Calmar, aunque el almirante danés Norvy vigilaba la costa con una escuadra numerosa. Por cierto el sueco salvado recompensó después muy mal á sus salvadores alemanes; en la política no hay moral y de la gratitud no habla el catecismo de los reyes y de las naciones. La lucha por las coronas del Norte que bajo la cooperación enérgica de las hansas terminó con la expulsión de Cristiano II y la elevación de Federico de Holstein al trono danés y de Gustavo Wasa al trono Sueco parecía que había consolidado de nuevo el poderío de las ciudades. Así mismo parecía que el gran cisma que agitaba aquella época había de redundar en beneficio de la potencia anseática. En los años de 1530 y 1531 *la nueva doctrina* y con ella la democracia llegó á predominar en la ciudad presidencial de Lubec y las demás ciudades de la federación. Alma y director de este movimiento era el negociante lubequés Jorge Wullenweber, seguramente la figura política más importante que hasta el presente ha tenido la burguesía alemana. Elegido alcalde de Lubec, se hizo pronto dictador de la liga y como tal dirigió la lucha enconada de la democracia anseática contra la aristocracia urbana y al mismo tiempo contra el rey danés Cristiano, que había vuelto ayudado por el poder de Habsburgo y contra su rival y vencedor Federico, lucha que implicaba también la guerra contra el clericalismo romano. El genio y la energía de Wullenweber sostuvo la bandera de la democracia del Norte contra todos estos enemigos hasta 1535, cuando sucumbió á una coalición que el luteranismo, con vil ingratitud para el pueblo y sus jefes, había concluido con la nobleza urbana y rural enojada y deseosa de vengarse. Más tarde, Wullenweber cayó en manos de uno de sus enemigos mortales, el fanático duque Enrique de Brunswik quien le hizo decapitar en setiembre de 1537, víctima de uno de los asesinatos jurídicos más infames que ha visto el mundo. La grande obra en que él había trabajado, quedaba arruinada y el poderío marítimo de la liga anseática perdido para siempre. El luteranismo había sido introducido en el norte de Alemania, es cierto; ¡pero á qué precio! La servil ortodoxia luterana alióse con la nobleza urbana y rural para oprimir al pueblo, que á consecuencia de esto degeneró en las ciudades en burguesía sin carácter, al paso que en el campo se estableció una servidumbre de perro.

Tan tristemente terminaron unas después de otras las tentativas que en el